

CAPÍTULO 1

Se ha abierto una grieta

Grieta. Me gusta como suena. Me transmite esa sensación de querer decir mucho más de lo que dice, como todas las palabras que parecen tener algo especial. Parece que esconde algo, como una frase a medias, como un grito cortado, como un aguantar la respiración si el momento es tenso. Me gusta tanto que le he escrito un libro.

No he sido capaz de decidir si una grieta es algo bueno, o malo. No pude llegar a la conclusión al empezar a escribirlo, y después, ahora que lo repaso mil veces antes de que llegue a tus manos, sigo sin tenerlo del todo claro. Supongo que esa es una de las cosas que hacen de esta palabra algo único.

Una grieta es una rotura, algo malo, una herida, un problema, un vacío. Una brecha que se abre en algo que, en apariencia, previsiblemente, en principio, estaba bien.

Pero una grieta también puede dejar pasar la luz, el oxígeno, ser salvación... Puede traer una renovación necesaria a algo que se encontraba estancado, duro y tenso.

Según la RAE, la 'grieta' es 'una hendidura alargada que se hace en la tierra u otro tipo de cuerpo sólido'. Me parece interesante que sea un requisito ser alargada. Supongo que porque se hace a favor de la debilidad del material, a lo largo de esa parte menos fuerte.

Teóricamente es más o menos así, aunque algo más técnico, y menos poético. Así que, para empezar y aplicable a todo lo que pueda decir a lo largo de este libro: pido perdón a todas las personas con conocimientos técnicos sobre cualquier tema del que yo hable que puedan echarse las manos a la cabeza por mi manejo de los conceptos. Tomadlo como una concesión en favor de la poesía y el texto. Por tanto, mi definición, nos vale.

Una grieta se abre por ese lugar en el que el material presenta algún tipo de debilidad, lo que nos lleva a la diferencia entre grieta y agujero.

La grieta, sea cual sea su razón para aparecer, y sea buena o mala para el material en el que se produce, tiene un principio, pero no un final determinado.

Desde el momento en el que aparece, puede dilatarse eternamente, ya sea rápido o despacio. Incluso puede que ni cambie en mucho tiempo, pero siempre estará la posibilidad, porque ya está abierta.

Sin embargo, el agujero es un momento, un choque, un golpe, un ahora. Una discontinuidad del tiempo que deja su huella en determinado presente, con determinadas consecuencias futuras, y se va.

Por eso me atrae la grieta, porque se propaga como un virus, se alarga y extiende con manos pegajosas que nunca sabemos qué pueden alcanzar. Y también crece como una hiedra, cambiando, desde un pequeño macetero en una esquina de la casa, todo el paisaje.

Una grieta es un pespunte roto, un hilo apenas levantado que nos cuelga de la ropa, una punta de la que no sabemos el final cuando comenzamos a tirar.

Un proceso que puede frenarse en seco, y rizarnos la tela, pero puede no parar, y dejarnos completamente desnudos.

A mí me recuerda mucho a escribir. Supongo que esa es mi grieta, la debilidad de mi material, por la que comienzo cada rotura. Un cuaderno que se llena mientras me vacía.

Claro que la escritura es mi grieta, porque por ella me entra la luz, por ella empiezo a mudar la piel, por ella deshago las cicatrices hasta volver a hacerlas herida, para, con suerte, ser capaz de cerrarlas desde dentro. Ya sabes, para que no se cierren en falso, para que no se abran más debilidades en mi material. Ya poco seguro y bastante peligroso de por sí.

La definición también dice que el cuerpo agrietado debe ser sólido. Claro, no se agrieta el agua, no se agrieta el fango, ni las natillas con galleta. Se agrieta la tierra seca, se agrieta el vidrio, se agrieta la piel.

¿Sabes por qué? Un fluido no se agrieta porque sus partículas están menos ligadas, por eso fluye, porque sus partes no están tan juntas. Un sólido tiene sus moléculas unidas, estables y establecidas.

Por eso es, que al recibir presión, no tiene opciones, no se puede readaptar, y se agrieta.

Supongo que al establecer los estados de la materia nadie tuvo en cuenta nuestras cabezas efervescentes, nuestros cerebros en ebullición, nuestro corazón gelatinoso, ni nuestras costillas duras, fijas e inamovibles.

No pensaron que no todos los cambios de estado de la materia dependen de su temperatura. Más frío, más seco, más calor, más líquido. Miento, sí que lo pensaron, el estado de la materia también cambia con la presión a la que se somete, así un corazón, cuando se somete a suficiente presión, puede acabar completamente sólido.

Las microondas esas que nos calientan la leche, tienen que parecerse mucho a ese exceso de energía que nos puede cocer el cerebro. Y la fuerza mecánica, que mueve pequeños relojes y grandes maquinarias, puede hacer de las costillas un puñado de esquiras.

Sin embargo las grietas, ay las grietas, necesitan de un cuerpo sólido. Es su única forma de ser.

Por eso constituyen los extremos, los bordes, lo que se encuentra al final del precipicio. Y todo se agrieta cuando va bien, y todo, en algún momento, se acaba agrietando cuando no puede ir a peor.

El destino de esa grieta dependerá de las zonas de debilidad del material, el resto, solo es poesía.

Y tú qué ¿cuál es tu grieta? ¿La dejarás romper?

Como dice Siloé y Viva Suecia: ‘Y si sangra, que sangre’.

Gracias por leer este adelanto

Si te ha gustado, puedes conseguir el libro completo en papel aquí: [[Ver libro](#)]